



María Oruña

Lo que la marea  
esconde

DESTINO

Lo que  
la marea  
esconde

María  
Oruña

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1539

© María Oruña, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-233-5966-0  
Depósito legal: B. 7.976-2021  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impreso por CPI (Barcelona)  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

¿Es que pretende decirme, inspector, que éste es uno de esos casos que encontramos en las novelas detectivescas, en que un hombre es asesinado dentro de una habitación cerrada en la cual nadie ha podido entrar?

AGATHA CHRISTIE,  
*Navidades trágicas* (1939)

Cuando todos los planes se desmoronan, cuando se termina el amor y comprendes que ya nada será igual, comienzas un discreto viaje hacia el abismo. Es una caída imparable y silenciosa. No quieres que nadie te ayude a levantarte porque crees sentirte mejor en la oscuridad, como si ya solo pudieses estar a salvo en tu propia y rutinaria pesadilla. Pablo se había sentido así no mucho tiempo atrás: roto y de rodillas, deseando tener el valor suficiente para acercarse al acantilado, avanzar un par de metros más allá y deshacerse sobre las rocas.

¿Qué lo había salvado a él? ¿Su propia fuerza interior, su inteligencia emocional? Una vez había escuchado decir a un humanista que, ya que estábamos aquí, teníamos la obligación de vivir. En las circunstancias que fuesen. Vivir. Saborearlo todo, perderse en todas las delicias

posibles. Ah, las palabras. Seductoras y convincentes, pero poco efectivas para un chico de veinticinco años que se había quedado parapléjico. Un accidente de esquí absurdo, cuatro años atrás, en el corazón de los Alpes franceses. Ahora parecía lejano aquel momento en que había destrozado parte de su médula en la blanca estación de Chamonix. ¿Quién le iba a decir que volvería a disfrutar de la vida, y de aquella forma? Sin su padre, Julián, no habría sido posible. La familia, siempre la familia... A veces supone un pozo oscuro y resbaladizo del que nos cuesta salir, pero en otras ocasiones se viste de un amor poderoso e incondicional, que es el que nos salva.

Ahora Pablo observaba, sorprendido, el interior de la preciosa goleta donde se encontraba navegando y donde iba a cenar en solo unos minutos. Desde luego, la Real Sociedad de Tenis de la Magdalena, en Santander, había hecho un trabajo extraordinario con su restauración. *La Giralda* era una goleta de unos treinta metros de eslora por ocho de manga, de dos palos, que había sido construida en el año 1984 imitando el estilo de las embarcaciones de principios de siglo y que formaba parte de los lujosos bienes del club de la Real Sociedad de Tenis desde hacía solo un año. Hasta el momento, el club no había tenido más que un servicio estival de zódiac desde la playa de la Magdalena hasta el Puntal, pero el aumento de socios y la bonanza del club parecían haber mejorado ostensiblemente sus servicios. Hacía solo unas semanas que la embarcación había rematado su restauración, y su botadura se había celebrado con una gran fiesta.

Comenzaba un suave mes de junio y a través de las evocadoras ventanas de la nave Pablo pudo comprobar que surcaban suavemente las aguas de la bahía y que estaba a punto de anochecer.

—Qué marinero todo, qué bonito, ¿verdad?

—Sí, ha quedado muy bien —reconoció el joven, mirando a la mujer que estaba sentada a su lado en el gran salón de la nave, con capacidad para veintiséis personas.

Comprendió que ella hablaba por hablar, por mantener una conversación. Se la veía angustiada. Pablo pensó que parecía más un ama de casa de mediana edad, desorientada, que la secretaria personal de la presidenta de la Real Sociedad de Tenis de la Magdalena.

—Margarita, ¿está usted bien? Parece sofocada.

—Ah, sí, sí —afirmó ella, toqueteando los cubiertos y acomodándose de nuevo en el enorme sofá Chester de cuero verde que rodeaba tres ángulos de la mesa—. Debe de ser el calor. Y usted, ¿está cómodo?

—Mucho. No creo ni que me levante de la silla.

Ella lo miró desde su rostro blando y amable, abriendo la boca y ensanchando más sus amplios mofletes hasta que asimiló la broma. Subir a Pablo al barco no había supuesto ninguna complicación para la tripulación, y él se había limitado a bloquear su silla de ruedas ante la gran mesa del salón, donde iban a cenar. Los techos y las paredes eran de madera blanca, pulida y reluciente. El suelo, de color haya oscuro, también había sido restaurado, pero respetando la visibilidad de los arañazos del tiempo y del paso de los marineros.

—A usted lo que le pasa es que está preocupada por esa bruja —intervino sonriente un hombre alto, de cabello cano; señaló con sus ojos azules el camino hacia el ancho pasillo de entrada al salón, tras el que se encontraba bien visible la entrada al camarote principal de la nave—. No haga mucho caso a la señora Pombo... ¿La riñe a usted siempre así?

—Oh, no, no...

Margarita se azoró y procuró disimular su sonrojo atusándose su media melena de color rubio desvaído y algo apagado. Comprendió que algunos de los invitados debían de haberlas visto y escuchado antes, cuando su jefa, Judith Pombo, la había reprendido severamente antes de retirarse al servicio del camarote.

—Es que Judith tiene mucho trabajo, señor Rallis. Mucho.

—No me diga. Yo pensaba que le habían metido un limón por el culo.

Pablo se rio y compartió con Basil Rallis una mirada de complicidad. Él la conocía poco, pero era cierto que Judith Pombo era una mujer de carácter difícil, que desde luego a él tampoco le había puesto las cosas fáciles. Debía de tener unos cincuenta años, pero se acicalaba como si acabase de cumplir veinticinco. Vestidos ajustados, corsés de algodón de alta calidad y americanas entalladas; sesión de peluquería y manicura semanal, y una máscara de caros coloretos y sombras oscuras por maquillaje. Siempre exigente y selectivamente irascible, dependiendo de quién fuese su interlocutor.

A los pocos segundos de entrar en *La Giralda* había reprendido a su secretaria por haber organizado la cena en el barco. Pareció importarle poco que el capitán e incluso varios de los invitados estuviesen a solo unos metros, simulando no enterarse de nada mientras admiraban en voz alta la belleza y el buen gusto decorativo en la nave. «¿Acaso tengo que hacerlo todo yo, Margarita? ¡Dime! ¿Eh? ¡Dime! Aquí, el cóctel; ¡solo el cóctel! La cena, en el club.» «¿Qué? ¡Pues claro que dije que cenábamos en el barco, pero en la fiesta ibicenca, no en esta, por Dios bendito!»

Después, varios de los invitados y el propio capitán de la nave, que estaba justo al lado de Margarita, habían visto cómo Judith Pombo se había retirado al camarote principal, justificando su necesidad de acudir al servicio con el mareo que le provocaban los barcos y el profundo cansancio que acumulaba después de pasar la jornada en Londres, de donde acababa de llegar. Tal vez se tumbase incluso unos segundos, aunque solo fuese para responder algunos de sus múltiples correos electrónicos y llamadas. Había asegurado que saldría en un momento, pero ya llevaba un rato sin tener la gentileza de atender a los invitados. Margarita hizo caso omiso al soez co-

mentario del señor Rallis y, dada la ausencia de su jefa, decidió comenzar a formalizar las presentaciones. Se levantó y carraspeó torpemente antes de comenzar a hablar.

—Bienvenidos a bordo de *La Giralda*. Vengan, vengan todos, por favor. ¿Les importa ir tomando asiento? ¿Cómo? Ah, por supuesto, donde quieran.

El primer oficial del barco se aproximó y habló a Margarita al oído. Ella asintió.

—¿En cubierta? Sí, dígales que bajen, por favor.

El primer oficial se retiró tan discretamente como había llegado, y en un minuto estaba de regreso acompañado de una joven morena, de mirada brillante y con cabello rizado, oscuro y salvaje; la acompañaba un individuo ya maduro y de constitución blanda. El hombre vestía un polo rosa y sonreía con esa suficiencia modesta de los que caminan satisfechos de sí mismos, conformes con su vida; acariciaba su incipiente barriga imitando el discreto afecto con el que lo hacen las mujeres embarazadas cuando su estado aún es un secreto.

—¿Nos estaban esperando? —preguntó sorprendida la chica, todavía con el frescor del mar sobre su piel.

Era guapa, y su juventud y naturalidad resultaban apabullantes. Se ajustó los tirantes de su largo vestido verde, que se recolocó en un único gesto, como si con ese movimiento ya estuviese presentable para sentarse a la elegante mesa.

—Perdonen que hayamos tardado en entrar... Es que acabamos de rodear la Isla de Mouro y las vistas sobre la Magdalena eran impresionantes. ¡Navegar en esta goleta es una verdadera maravilla!

Todos volvieron la mirada hacia los ventanales del salón, que imitaban un enrejado inglés, y observaron admirados la belleza de la costa de Santander. El Palacio de la Magdalena se dibujaba imponente sobre los acantilados, en un juego de luz y sombra que solo era posible ver



desde el mar y cuando la noche comenzaba su abrazo a la bahía. Margarita miró con un evidente reproche a la joven mientras esta se acercaba; les pidió a ella y a su acompañante, con un mal disimulado gesto de fastidio, que se sentasen en el enorme sofá verde. Después, y con una sonrisa nerviosa, retomó su aplomo para hablar.

—En unos instantes vendrá la señora Pombo para dar comienzo a la cena, pero si les parece iremos haciendo unas presentaciones más... formales. Me figuro que es posible que se conozcan por las jornadas de tenis de estos días, y he visto que algunos de ustedes ya han ido conversando al subir al barco... Y aunque unos cuantos ya nos conocemos, supongo que será más práctico que yo misma los presente.

Hubo murmullos de apreciación y asentimiento, y Margarita inició las presentaciones comenzando por quien estaba más cerca, mientras una bella y diminuta camarera de rasgos orientales llevaba bandejas de aperitivos y bebidas a la mesa.

—Bien; Pablo Ramos... —comenzó, señalando hacia el joven en silla de ruedas, de cabello oscuro y un poco largo, que la escuchaba como si él mismo aún tuviese que hacerse a la idea de quién era—. Número cinco en el *ranking* nacional masculino de tenis en silla de ruedas y miembro del comité directivo de la Real Federación Española de Tenis en Barcelona...

—¿Número cinco? —interrumpió el señor Rallis, alzando su copa de vino en honor al joven—. Bravo, muchacho. No lo dejes hasta que llegues al puto número uno.

—Seguiré su ejemplo —replicó Pablo alzando también su copa y aceptando el reto del hombre que tenía a su lado.

Basil Rallis no precisaba ninguna presentación, porque aquella cena era en realidad en su honor: había sido número uno en la clasificación mundial hacía ya muchos

años, y era además el único jugador del mundo que, junto con Rafael Nadal y Andre Agassi, había ganado cuatro Grand Slam, una Copa Davis y un oro olímpico. Ahora, con casi sesenta años, paseaba su porte todavía atlético y su carismática y traviesa mirada azul por los despachos de la Federación Internacional de Tenis, a la que servía como administrador de la Copa Davis en España para responsabilizarse del operativo local de aquella competición por equipos, que era la más grande del mundo.

—Seguro que Pablo llega muy lejos —sonrió amigablemente Margarita, que miraba a su espalda de vez en cuando, deseando que llegase de una vez la verdadera anfitriona—. Bien, ya conocen todos al señor Rallis, que apenas precisa presentación —continuó, detallando a pesar de ello algunos de los logros y títulos obtenidos por el viejo jugador, que, aunque era de origen griego, se había afincado en Barcelona hacía ya muchísimos años, jugando sus torneos en representación de España.

Margarita, tras terminar con Rallis, se dirigió hacia la joven de cabello salvaje y rizado y a su acompañante del polo rosa.

—Algunos conocerán ya a Félix Maliaño, presidente de la Federación Cántabra de Tenis, a la que por supuesto está afiliada nuestro club...

El hombre sonrió y fingió un saludo militar, llevándose a la frente la mano derecha con falsa formalidad.

—... Y a Victoria Campoamor, su sobrina y vocal de la Federación.

—Que no somos tan buenos como el señor Rallis ni el señor Ramos... —replicó Victoria, poniendo las manos en alto a la altura del pecho, en un divertido ademán de defensa—. Pero también sabemos jugar al tenis, ¿eh?

—Algunos hasta peloteamos decentemente —añadió Félix, adivinándose en sus palabras un sincero reconocimiento de sus limitaciones y no falsa modestia.

Todos rieron, y Margarita alabó la gestión de ambos

al frente de la Federación. En realidad, ni Félix ni Victoria cobraban nada por sus puestos en la institución deportiva, y ambos tenían trabajos ajenos al mundo del tenis; él, en una empresa de reciclaje, y ella como bibliotecaria en la biblioteca Menéndez Pelayo de Santander. Victoria había logrado, sin embargo, alcanzar el puesto 4.835 en la clasificación nacional femenina de tenis, y Félix, con su edad y su prominente e incipiente barriga, evidenciaba que solo jugaba como mero pasatiempo, porque hacía muchos años que no estaba ya en la golosa clasificación masculina, en la que nunca había logrado ni siquiera uno de los diez mil primeros puestos.

A Pablo Ramos no se le escapó que, cuando Margarita había hablado en concreto de Victoria Campoamor, sus palabras habían sido formularias y de compromiso. ¿Por qué le caería mal a Margarita aquella joven tan simpática?

—Seguro que juega usted muy bien —concedió Pablo a Victoria, mirándola con amabilidad y una amplia sonrisa.

A ella le sorprendió la seguridad del joven, que le pareció atractivo y de mirada confiada.

—A mí no me cabe duda de que es usted una Martina Navrátilová en versión española —la piropeó un hombre bronceado y de unos cuarenta años, mientras atusaba su americana hecha a medida y dejaba relucir una dentadura blanquísima.

—Ah, Marco, por Dios, que es una niña —murmuró una mujer que estaba al lado del adulador.

Llevaba un vestido elegante e iba muy maquillada, aunque sin haber logrado disimular el paso de los años, pues sus manos llenas de joyas y las arrugas de su cuello delataban que posiblemente ya había alcanzado la frontera de los sesenta.

—Querida, seguro que juega usted divinamente, pero mi marido no tiene ni idea de tenis femenino. La

mejor de todos los tiempos es y será Steffi Graf, la única del mundo en haber ganado el Golden Slam, ¡la única! —exclamó sin apenas elevar el tono y sonriendo solo con la mitad de su boca.

A Pablo le pareció que su suficiencia al hablar era la propia de los que están acostumbrados a que nadie les replique.

—¿El Golden? ¿Pero no se llamaba el Grand Slam? —preguntó el último de los invitados que quedaba sin presentar y que hasta ese momento había permanecido callado.

Era un hombre corpulento y repeinado hacia atrás con mucha gomina, aunque no le quedaba ya demasiado cabello que peinar.

—Ay, Emilio, no tiene usted ni idea de tenis, ¿verdad?

La admiradora de Steffi Graf había cruzado los brazos y negado con la cabeza, como si aquella desinformación fuese inconcebible.

—Pobrecito. Hoy va a tener una cena aburridísima —lamentó, fingiendo compadecerse de él, aunque la malicia de su mirada decía lo contrario—. El Grand Slam, querido Emilio, se gana cuando un jugador vence en el mismo año en los cuatro principales torneos del mundo.

—Open de Australia, Roland Garros de Francia, Wimbledon en Inglaterra y Open de Estados Unidos... —enumeró Pablo, procurando ayudar a Emilio ante aquella antipática mujer, que continuó su explicación:

—... Y el Golden Slam se gana cuando se logra el Grand y, además, la medalla olímpica.

Margarita, incapaz de despegarse de una inseparable risilla nerviosa, intentó retomar el control. Se acercó a Emilio y le tocó en el brazo con cordialidad.

—Por supuesto, algunos de ustedes ya conocerán a Emilio Rojas...

Margarita le ofreció una sonrisa forzada a la admiradora de Steffi Graf.

—... Presidente de la Confederación de Empresarios de Cantabria desde hace solo unas semanas, pero por supuesto esperamos que, tal y como sucedió con su antecesor, colabore con nuestro club y con las múltiples oportunidades empresariales de cooperación que siempre hemos compartido hasta ahora.

La anfitriona se dirigió entonces hacia Pablo Ramos y Basil Rallis, quienes, según parecía, eran las personas que más ajenas resultaban al juego de quién era quién en aquella cena. La secretaria señaló con la mano a la mujer mayor enojada y a su bronceado marido.

—Ellos son los socios de honor del club, don Marco Fiore y su esposa, doña Rosana Novoa. Colaboran con nosotros a través de los servicios de bienestar y salud para los miembros de la Sociedad de Tenis.

Todos se intercambiaron cumplidos y saludos, pero Pablo volvió a percibir en Margarita cierta animadversión, en este caso hacia aquellos dos socios de honor que acababa de presentar. En las palabras amables, desde luego, se escondían con frecuencia rencores que solo delataban las miradas y los sutilísimos tonos al hablar. Margarita había sido más fría incluso al dirigirse a Marco Fiore, que si había llegado a percibir aquel desafecto lo había disimulado a la perfección, porque no había dejado de mostrar su perfecta sonrisa de caballero ni por un instante.

Tras terminar los saludos formales, Margarita guardó silencio, como si no supiese qué más decir y sin que se le ocurriese qué otros datos de sus invitados sería conveniente resaltar. Sonrió con toda la naturalidad de la que fue capaz y dio por concluida su gestión para presentar a los siete distinguidos invitados que se habían reunido para cenar en *La Giralda*.

—Voy a ver si ya está disponible doña Judith. Por favor, acomódense y disfruten.

Margarita se dio la vuelta y, justo cuando iba a dar un

primer paso hacia el camarote donde se encontraba Judith, todos escucharon un grito femenino, agónico y desgarrador. Después, una negación, un «No» más suave, menos audible. Parecía proceder del camarote donde había entrado solo unos minutos antes la sofisticada y exigente Judith Pombo. ¿Había sido ella la que había gritado? Sí, sin duda alguna. De la cocina, justo enfrente del camarote, salió la camarera oriental con gesto de sorpresa y con una bandeja a medio rellenar entre las manos. La siguió el que era evidentemente el cocinero, pues llevaba sobre la cabeza el típico gorro blanco de chef, y en su mano derecha una cuchara de madera. En su rostro, también de rasgos orientales, brillaba la sorpresa dibujada en un alzado de cejas y en una mirada inquisitoria que se enfocaba hacia todas partes, queriendo saber qué estaba pasando.

El capitán de *La Giralda*, Alan Alonso, haciendo honor a la elegancia de la americana propia del cargo, blanca y llena de galones, se apresuró a llamar a la puerta del camarote antes de abrirla directamente.

—¡Señora Pombo! ¡Señora! —gritó a modo de aviso antes de decidirse a abrir—. Pero ¿qué...?

El capitán Alonso, sorprendido, miró a Margarita, que ya había llegado a su lado.

—¡No se abre!

Lo intentó de nuevo.

—Pero ¿qué demonios...? ¡Tim, Tim!

—¿Señor?

El primer oficial de *La Giralda* se asomó desde la cubierta.

—Vuelve a cubierta y a ver si puedes asomarte y mirar por el portillo del camarote principal de estribor, a ver qué pasa.

El capitán golpeó la puerta con los nudillos con más fuerza.

—¡Señora Pombo! ¿Está usted bien? Por Dios, pero

¿por qué se ha cerrado por dentro? —preguntó mirando de nuevo a Margarita, que se encogió de hombros en un gesto de desvalimiento que habría conmovido al mismísimo Lucifer.

—Tal vez sigue en el servicio —aventuró la secretaria, buscando una explicación.

El barco disponía de más aseos, uno exclusivo para la tripulación y otros para los visitantes, pero el baño del camarote principal era desde luego el más elegante, privado y exclusivo.

—¡Capitán! —exclamó el primer oficial, bajando ya de regreso por las escaleras hacia el interior de la nave—. La luz está encendida, pero el camarote parece vacío. Quizás esté la señora tumbada en la cama, pero desde el ángulo del portillo no puedo ver esa parte de la cabina. He tenido que colgarme desde cubierta y asomarme como he podido, era difícil poder ver lo que...

—¿Y si aún está en el baño? —insistió Margarita interrumpiéndolo y juntando las manos en posición de rezo, como si aquella postura sirviese para razonar mejor.

—No creo —negó Tim convencido—. El baño está frente al portillo, y la puerta estaba abierta y la luz encendida... De verdad que no me pareció que hubiese nadie dentro.

Todos los invitados, salvo Rosana Novoa y Pablo Ramos, se habían ido acercando y agrupando ante la puerta del camarote; disponían de espacio, pues frente a su entrada estaba la cocina, pero también el amplio descansillo que daba hacia otras partes de la nave y hacia las escaleras que subían a cubierta. El capitán Alonso tomó aire y, con el gesto, una decisión.

—Apártense, por favor.

Cogió carrerilla y, con el cuerpo de medio lado, se lanzó hacia la puerta del camarote. Solo consiguió magullarse de forma humillante. Tras él, lo intentó el primer oficial, pero su ímpetu y su juventud tampoco lograron

derribar la sólida puerta de madera noble. De pronto, todos se quedaron en silencio, pues tras ellos se abrió paso un hombre fornido y ancho, de gruesa cabellera y barba rubia; estiraba su cuello con ademán concentrado mientras se limpiaba las manos en su propia camiseta. El capitán se volvió y lo miró, comprendiendo lo que aquel saco de músculos pensaba hacer.

—Mikaël, adelante —ordenó, obligando a los invitados a dejarle paso—. Es nuestro jefe de máquinas —explicó en confidencia a Margarita y al señor Rallis, que eran quienes estaban más cerca.

El hombre comenzó a avanzar más rápido de forma progresiva, marcando sus músculos en la camiseta a cada paso que daba. Dos, tres, cinco metros. Velocidad e impacto. Reventó la puerta, que se abrió de golpe, resquebrajando de arriba abajo el marco de madera.

Una vez dentro del camarote, el jefe de máquinas buscó inmediatamente con la mirada su objetivo, y pudo verlo al instante. Judith Pombo estaba tumbada sobre la cama con los ojos perdidos y abiertos, como si hubiese algo extraordinario y aterrador que observar en el lujoso techo del camarote. De su pecho, a la altura del corazón, manaba un suave y diminuto hilo de sangre. Su cabello rubio y brillante dibujaba el contorno de la almohada, y la palidez de su rostro superaba su marcado maquillaje y su colorete, que ahora le hacían parecer una grotesca muñeca de sainete.

Mikaël se quedó inmóvil observando a la mujer y no dijo nada, pues comprendió que estaba muerta. El capitán y todos los demás fueron entrando entre gestos y exclamaciones de asombro y estupor. Margarita apenas logró ahogar un grito llevándose las manos a la boca. Se acercó corriendo a Judith, tratando de socorrerla. El capitán Alonso la agarró del hombro.

—Espere —le ordenó, muy serio y concentrado—. Es mejor que no la toque. Que nadie toque nada, por favor.



Y al decirlo se volvió, mirando a todos los invitados que ya habían entrado en el camarote. Desde la puerta, observaban la escena con la boca abierta el cocinero y la camarera, que todavía llevaba la bandeja entre sus manos.

—Tim, ven y ayúdame.

El primer oficial se acercó de inmediato y ayudó al capitán, delante de todos, a tomar el pulso a Judith, aunque resultaba evidente que estaba muerta.

—¿Miramos la herida? —preguntó el primer oficial al capitán—. Tal vez...

—No —replicó el superior, tras meditarlo unos segundos.

Tenía a una mujer muerta en su barco, y había visto las suficientes películas policíacas como para saber que no era conveniente interactuar demasiado con el cadáver.

—Ya no valdría de nada, y en estas circunstancias es mejor que la toquemos lo menos posible.

A pesar de la negativa, ambos se aproximaron al pecho de Judith, intentando ver algo que delatase qué le había provocado la pequeña herida a la altura del corazón. El capitán resopló y negó con un movimiento suave de cabeza, abrumado por la situación. ¿Con qué se habría herido aquella mujer? ¿Le habrían disparado? Él no había oído ninguna detonación. Además, ¿un tiro provocaba una herida tan diminuta? No lo sabía. ¿Y una puñalada? Buscó al lado del cuerpo algún elemento punzante, algún arma o instrumento que pudiese haber hecho daño a Judith. Ni él ni Tim encontraron nada.

El capitán alzó la vista hacia el portillo, único ojo de buey del camarote, y comprobó que estaba firmemente cerrado por dentro. Después, avanzó con Tim el par de metros que los separaban de la entrada del baño privado del camarote, y ambos comprobaron que el aseo estaba completamente vacío y sin nada que a primera vista llamase la atención. Abrieron el armario, que estaba lleno de sábanas y mantas adecuadamente dobladas y en una

pila. Todo ordenado, en perfecto estado de revista. El capitán volvió a dirigirse a los invitados. Algunos habían enmudecido por la impresión, y otros, como Marco Fiore, no cesaban de hablar a las personas que se encontraban a su lado, tal vez buscando una justificación ante la horrible escena que estaban viendo.

—*Quegli occhi morti... Terribile!* —se lamentaba Marco.

—Por favor, salgan del camarote —ordenó el capitán—. ¿Han tocado algo?

«No, no...», negaban todos mirándose las manos, como si en ellas pudiese haber alguna marca acusatoria.

—Qué barbaridad, ¿cómo es posible? —preguntaba Victoria, incapaz de apartar la vista del cuerpo de Judith—. No entiendo... ¿Le han disparado? Pero si estaba aquí encerrada...

—¿Cómo le iban a disparar? —negó Félix, aturdido y frotándose con ambas manos la cara, como si intentase despertar de aquella inesperada pesadilla—. ¡Habríamos oído el disparo!

—Un silenciador... —apuntó como posibilidad Emilio Rojas, el empresario.

Él no sabía nada de armas y su comentario había surgido de sus propios nervios, que le habían hecho acudir a los trucos de las películas y de las novelillas de misterio. Victoria lo miró al tiempo que agarraba la falda de su vestido y caminaba ya hacia la salida del camarote, fuertemente impactada pero todavía cabal.

—¡Pero si estaba encerrada aquí dentro, ella sola! ¿Cómo iban a a...? ¿Y si...? ¿No se habrá suicidado?

Ante la pregunta, todos, incluido el capitán, volvieron la vista hacia el cadáver. De alguna forma, Judith Pombo había sido herida de muerte, por su propia mano o por la de un tercero, pero allí no había ningún arma y estaban dentro de un camarote casi hermético, cerrado por dentro. ¿Cómo era posible?

El capitán volvió a ordenar que todos desalojasen el camarote, y junto con Tim y Mikaël revisó de nuevo el interior del compartimento. Nada extraño ni inusual, salvo la puerta reventada y unas discretas gotas de sangre sobre la alfombra, muy cerca de la cama donde yacía Judith. Cerró como pudo la destartalada puerta y dejó al primer oficial y a Mikaël de guardia ante el camarote. Se acercó sudando hasta el gran salón y miró a todos los invitados a aquella trágica cena, que hablaban con agitación y ya sin las discretas y educadas fórmulas de la etiqueta. Basil Rallis explicaba con detalle tanto a Rosana Novoa como a Pablo Ramos lo que habían visto, puesto que ellos dos eran los únicos que no habían entrado en el camarote.

—Dudo mucho que haya sido un suicidio —aseguraba el viejo campeón de tenis—, Judith no era la clase de persona que se quitaría la vida.

—Eso nunca se sabe —respondió Pablo muy serio, pensando en sí mismo.

—Se sabe, hijo, se sabe. Las circunstancias pueden llevarnos a la desesperación, pero Judith Pombo se amaba tanto a sí misma que dudo que se autolesionase, ni siquiera para llamar la atención.

—¡Señor Rallis! —le reprochó Margarita, incapaz de dejar de llorar.

La mujer comenzó a caminar en círculos por el salón, buscando una explicación y buceando en su memoria.

—Ella dijo... Ella dijo que iba a ir al servicio y a con-testar unos correos... ¡Sí! ¡Eso dijo! Tal vez recibió algo que la desmoronó de tal forma que...

—Se olvida usted del arma, Margarita —replicó Victoria, que, en un vano intento de templar sus nervios, se bebió de golpe media copa de vino blanco—. Algo ha hecho que Judith gritase y sangrase de esa forma por el pecho, y no hemos visto nada que...

—Querida —intervino Rosana Novoa, mirando des-

pectivamente a la joven—, ¿qué sugiere usted, entonces?  
¿Un crimen en alta mar?

La mujer contuvo un amago de risa agria y continuó hablando:

—En tal caso, uno de nosotros sería un asesino.

Todos los presentes guardaron dos segundos de incómodo silencio mientras ambas mujeres se miraban, y enseguida comenzaron a surgir réplicas y teorías de los invitados, aunque ninguna daba una explicación plausible a lo que había sucedido, y tampoco lograba rebajar la tensión en el ambiente, ya que todos habían comenzado a mirarse con suspicacia. Por fin, el capitán los interrumpió y les mandó guardar silencio. Todos se callaron y el ambiente se impregnó de una muda e inquietante expectación.

—Señores, señoras... —dijo Alonso con voz autoritaria, como si los invitados fuesen miembros de su propia tripulación—. Les ruego calma. Vamos a avisar a las autoridades ahora mismo y a dirigirnos a puerto. Salvo que encontremos alguna explicación lógica y razonable que lo contradiga, me temo que esta noche en *La Giralda* se ha cometido un crimen.